



**XVIII ANIVERSARIO IN MEMORIAM POR FERNANDO BUESA Y  
JORGE DÍEZ**

**“Significar. Significado. Significarse.”**

**XVIII. URTEURRENA  
FERNANDO BUESA ETA JORGE DÍEZ OMENTZEKO IN  
MEMORIAM EKITALDIAK**

**“Esan-nahi. Esanahia. Esan nahi”**

**22 DE FEBRERO DE 2018**

**Museo Artium de Vitoria-Gasteiz**

**INTERVENCIÓN DE SARA BUESA  
VICEPRESIDENTA DE LA  
FUNDACIÓN FERNANDO BUESA BLANCO FUNDAZIOA**

La palabra es lo más importante que tenemos los seres humanos.

Mediante las palabras damos forma a nuestra sociedad. Las palabras nos sirven para construir, para convivir, para cooperar.

Gracias a las palabras podemos comunicarnos, sentirnos conectados los unos con los otros, expresar lo que sentimos y compartir nuestras ideas.

A menudo, en nuestro interior se mezclan pensamientos, intuiciones y emociones difusas, a las que nos cuesta ponerles palabras.

Esto sucede así especialmente con las experiencias que más nos impactan.

El 22 de febrero del año 2000 está grabado en mi memoria en forma de fragmentos de imágenes, sonidos y sensaciones, todo como en una nebulosa, como una película proyectada a cámara lenta, como si en vez de haberme sucedido a mi le hubiera sucedido a otra persona.



Recuerdo sus últimas palabras: “hace frío, o yo tengo frío”, el estruendo, la columna de humo, un grito en la calle “¡una bomba!”, correr con mi ama escaleras abajo, las sirenas, el corazón en la boca, mi hermano, el tiempo detenido, la furgoneta de la Ertzaintza, ¿dónde está?, nos llevan a casa, la vela con la que aita se había encendido el puro todavía encendida...

Los días siguientes también mantienen para mi ese halo de irrealidad que caracteriza a las vivencias intensas, abrumadoras, que nos arrollan sin darnos margen para asimilar.

Poco a poco la nebulosa desapareció y fui conectando con la realidad de la vida cotidiana, pero durante mucho tiempo sentí una especie de confusión interior, un malestar que me embargaba y me impedía pensar y sentir con claridad.

Los días, meses y años fueron pasando, mi vida se fue normalizando y aprendí a vivir con lo que nos había sucedido. Pero fue cuando tuve que poner en palabras mi vivencia para compartirla con otros cuando verdaderamente conseguí procesarla, darle un sentido y comprender todo lo que había supuesto para mí.

Es difícil encontrar palabras que alcancen a describir lo que desborda el alma. Nombrar lo innombrable. “Aita no está y ya nunca va a volver”, “aita está muerto”, “le han matado”.

Escribir y hablar sobre ello supuso poner una luz en la oscuridad; organizar lo que en mi interior estaba de una forma más o menos caótica; reconstruir mi historia, reflexionar sobre ella y encajarla, aliviando en parte el peso que sentía dentro.

Pude reconocer y diferenciar los sentimientos de tristeza, rabia, miedo y vergüenza que latían en mi interior, sacándolos de la esfera de lo secreto, permitiéndome sentirlos y hablar de ellos con naturalidad.

Traducir en palabras lo que vivimos es transformador. Cuando ponemos en palabras una experiencia y la relatamos, automáticamente esa experiencia cambia y también nuestra manera de vivenciarla.

Una cosa que he descubierto a lo largo de los años, al compartir en repetidas ocasiones mi testimonio, es que es un proceso que me ha permitido verme de otro modo y en el que siento que estoy en una permanente evolución:



Al principio mi testimonio se parecía más a esa mezcla de imágenes, emociones y pensamientos. Pero poco a poco se fue convirtiendo en una historia con un comienzo, un proceso coherente y unas conclusiones o aprendizajes. Cada vez que la cuento es diferente, surgen nuevos razonamientos y reflexiones, mis sentimientos van incorporando matices. Y yo siento que continuo enriqueciéndome y creciendo.

A medida que soy más consciente de lo que me pasa, me afianzo en mis valores fundamentales, y puedo al mismo tiempo modular mis creencias, considerar puntos de vista alternativos y relativizar mi propia perspectiva.

Poner en palabras lo que nos sucede y exteriorizarlo es, por lo tanto, sanador y enriquecedor para cada uno de nosotros a nivel individual. Pero esto también es extrapolable a nivel social. Hablar de lo que nos ha sucedido, abordarlo, sería liberador y nos ayudaría a dar un significado colectivo a nuestra experiencia.

Esto es imprescindible para liberarnos de nuestros fantasmas, de todo el dolor que todavía guardamos dentro, y también para no lastrar a las nuevas generaciones.

Los fantasmas en los armarios, los asuntos sin resolver, tarde o temprano surgen y empañan el futuro. Por eso, es necesario que las nuevas generaciones que no han vivido lo que hemos vivido nosotros conozcan lo que aquí ha sucedido.

No se trata de intoxicar, sino de mostrar una realidad que de una forma u otra les atañe, para que puedan aprender de ella y no repetir los mismos errores.

Una de las preguntas que más nos encontramos cuando compartimos nuestro testimonio con jóvenes es: ¿por qué no se habla de esto? ¿Por qué no nos lo han contado?

¿Y por qué no se habla?:

Nos cuesta tanto hablar de lo que nos ha sucedido porque nos toca, nos mueve a todos muy adentro. Tenemos mucho miedo a enfrentarnos a nuestras emociones, a asumir nuestra vulnerabilidad.

Cuando el miedo o las emociones negativas nos sacuden a menudo las congelamos, para protegernos, para no sufrir. Nos decimos a nosotros mismos “no tenemos miedo”, para afianzarnos en una sensación de valentía.



Esto sucedió por ejemplo tras los atentados de Barcelona y Cambrils el verano pasado. El lema de la manifestación de repulsa fue “no tinc por”, “no tengo miedo”.

Con él seguramente se pretendía transmitir que el terror no iba a conseguir acallar el grito de rechazo rotundo a la violencia, ni la lucha por construir un mundo en el que todas las personas tengan cabida.

El encuentro en torno a este lema sirvió seguramente para reconfortar, para no sentirse solos, para encontrar momentáneamente algo de coraje y sobrellevar el impacto del horror.

Pero ¿por qué hacerlo negando el miedo, que es una emoción humana natural?

Todos sentimos miedo. Es importante reconocerlo y desde ahí encontrar la fuerza para hacerle frente. Porque si no, si en momentos de inseguridad nos instalamos en una aparente actitud valiente y fuerte, corremos el riesgo de que al día siguiente de la manifestación dejemos de hablar de ello, nos metamos en nuestro mundo y dejemos de relacionarnos con las personas que son diferentes a nosotros o lo hagamos desde la desconfianza.

Bajo el revestimiento de una aparente normalidad, el miedo congelado vuelve nuestro corazón rígido y en cierta medida anula nuestra humanidad, nuestra capacidad compasiva.

En el mundo existe el horror. Hay situaciones traumáticas en la vida en las que nos quedamos paralizados, pero al mismo tiempo cuando se nos parte el corazón nos hacemos más humanos, nos sale la empatía, el amor, la compasión.

Nuestra naturaleza es esencialmente compasiva. Si miramos a los ojos de alguien que sufre, nuestra tendencia natural es conmovernos ante su sufrimiento. Pero cuando nos tapamos los ojos y nos centramos en lo nuestro y los nuestros, no prestamos atención a otras personas. Y sencillamente no vemos que existen, que sufren.

Debemos salir de nosotros mismos, levantar la mirada. Es necesaria una mentalidad abierta a conectar con lo que sucede dentro de nosotros mismos y a nuestro alrededor, incluido lo que es doloroso.

Sentir que todos somos vulnerables y encontrarnos precisamente en esa vulnerabilidad que compartimos.

No negar la adversidad, sino mirarla de frente y tratar de entender muy bien de dónde viene.



Las palabras, las conversaciones, pueden sacarnos del hielo. A muchos de nuestros problemas les faltan conversaciones auténticas.

### *Interacción con el público asistente (...)*

Ahondar en el pasado reciente supone salir a la palestra, significarse. Y esto implica asumir un riesgo de ser juzgado, quizás de herir y resultar herido. O de perder apoyos.

Como consecuencia, o bien evitamos hablar de ello, o si lo hacemos lo abordamos a un nivel superficial, procurando no resultar muy visibles o no posicionarnos claramente.

Hay mucho miedo a hablar con claridad, a llamar a las cosas por su nombre.

La muerte, de por sí, es un tabú. No nos gusta mucho hablar de ella. Menos aún hablar de la muerte violenta, del asesinato. Y menos todavía si nos vemos afectados por esa violencia, o si hemos estado involucrados y en alguna medida hemos tenido alguna responsabilidad en ella.

“Terrorismo”, “violencia”, “asesinato”, son palabras que se retraen, que se niegan, porque tienen demasiado peso y significado.

Hay discursos que se mantienen en el terreno de lo políticamente correcto. Con el uso que hacen del lenguaje tratan de no ofender a nadie, de no herir ninguna sensibilidad. Buscan reunir las distintas perspectivas y obtener la aprobación general.

Son discursos que hablan en genérico de los derechos humanos sin aterrizar en las violaciones de derechos humanos concretas que han sucedido aquí en Euskadi a lo largo de varias décadas.

Sin embargo, para poder comprender y dar un significado a nuestra experiencia es necesario bajar al barro, profundizar en la raíz:

¿Qué nos ha pasado? ¿Por qué se ha llegado a esto?

No podemos dar por hecho que con un mensaje generalista quien se tenga que dar por aludido lo va a hacer y que todos vamos a coincidir en una mínima interpretación común de lo sucedido.

Para poder interpretar lo que se dice es esencial el contexto. Si no se contextualizan las palabras y los gestos se genera confusión y no se entiende nada.



A veces hemos llegado incluso a suprimir las palabras. Un ejemplo muy claro de esto fue el último día de la memoria, cuando se optó por hacer un acto simbólico en silencio, sin mensaje, sin palabras. ¿Qué simboliza, por qué y para qué se hacía? ¿qué podemos asumir que querían expresar con su presencia las personas que allí estaban?

Lo políticamente correcto llevado al exceso peca de una neutralidad moral que no es aceptable. Ante la barbarie tenemos que tomar partido y posicionarnos claramente.

Sin una lectura crítica del pasado no se puede mirar al futuro.

La deslegitimación es necesaria para la superación del terrorismo.

Solo así podremos sacar aprendizajes y construir un sistema de valores sólidos para el futuro.

Es importante ser cuidadosos, tratar de no hacer daño y buscar soluciones compartidas. Pero en este proceso necesitamos hacer un uso muy preciso de las palabras. El lenguaje ambiguo, la indefinición y el silencio también hieren.

Por otro lado, hay quienes utilizan las palabras deliberadamente para camuflar una realidad que les incomoda, para evitar que se tome conciencia de su crudeza, e incluso como herramienta de manipulación para desorientar y evadir sus responsabilidades.

Me produce un profundo hastío y una gran desazón continuar escuchando referencias al conflicto en el que todos estamos inmersos y del que todos somos víctimas, oír hablar de las múltiples violencias y los múltiples sufrimientos. Escuchar mensajes de rechazo de la violencia en general o de reconocimiento de todas las víctimas por parte de personas que no son capaces de expresar con claridad esos mismos mensajes si se refieren específicamente a la violencia de ETA.

Ante este tipo de discursos, os invito a preguntaros ¿qué es lo que dicen y qué es lo que no dicen?, ¿lo que supuestamente dicen no podrían decirlo de una forma más clara?

Hay palabras de mucho peso de las que se hacen distintas interpretaciones, pudiendo utilizarse al mismo tiempo para expresar y defender una cosa y la contraria. La palabra “democracia”, por ejemplo. A diario vemos cómo se emplea con un sentido o con otro contrario según convenga para justificar las propias actuaciones.



Hay palabras que se estiran, empleándolas para referirse a múltiples y variadas situaciones, y de tanto que se pretende abarcar con ellas se desvirtúan.

Por ejemplo, hay una tendencia a utilizar la palabra “terrorismo” para referirse a diversas situaciones de victimización, desde la violencia machista, a los abusos policiales. Al mismo tiempo, también se usa por otro lado para definir múltiples conductas negativas, llegando a incluir en la categoría de “terrorismo” cosas tales como un comentario en redes sociales.

Si calificamos todo de terrorismo corremos el riesgo de que pierda su auténtico significado.

Hay también quienes defienden que la actividad de ETA ha sido “armada” pero no “terrorista”, y que el concepto de lo que es terrorismo es muy relativo. Esto me genera un tremendo desasosiego, y es que detrás de ello subyace una cultura de tolerancia, incluso de una cierta admiración por el uso de la violencia o la lucha armada entendida como sacrificio, como amor por la patria. Si después de todo lo que hemos vivido hay quien hace una lectura de que los militantes de ETA han cometido los errores y los crímenes que han cometido por “amar demasiado a Euskal Herria” vamos muy mal.

Quien piense así tal vez debería revisar su concepto del amor.

Frente a esta visión del patriotismo, yo reivindico la bandera de la No violencia, que en ningún caso puede ser vista como signo de cobardía, sumisión o abandono. Sino como una fuerza de espíritu que impulsa a luchar contra las injusticias, pero lo hace desde una conciencia moral que impide priorizar los intereses personales sobre la dignidad y los derechos básicos de otros seres humanos, aunque se consideren enemigos.

Hay palabras que duelen. Personalmente, el calificativo de presos “políticos” me resulta ofensivo. Para mí un preso político es alguien que está en prisión por defender unas ideas.

En mi caso, mi Aita fue asesinado por defender sus ideas. Su asesinato fue un asesinato político. Pero las personas que asesinaron a Aita y Jorge están en prisión por haber matado. Y matar es matar, no es la expresión de un conflicto ni la defensa de una ideología.

Hay palabras que encasillan. Cuando hablamos de colectivos, tendemos a atribuir unas características y un pensamiento únicos a todas las personas que forman parte de ellos.

Por ejemplo, cuando se habla de presos y de víctimas.



Dentro del colectivo de presos hay muchas situaciones y pienso que sería conveniente hacer un análisis y tratamiento diferenciado de las mismas. No se puede meter a todos los presos en un mismo saco como si todo fuera lo mismo.

Del mismo modo, no se puede meter a todas las víctimas en el mismo saco como si todo fuera lo mismo. No es lo mismo cuando una persona ejerce de forma directa e intencional una violencia contra otra persona que las situaciones en las que no se da esta circunstancia.

No se puede generalizar. Es necesario afinar, de forma acorde con la diversidad real que existe dentro de los colectivos.

En nuestra sociedad actual, la comunicación tiende a la simplificación de los mensajes, quedándonos en titulares impactantes de trazo grueso.

La situación que hemos vivido en Euskadi es compleja, como también es complejo el reto de construir nuestra convivencia y nuestro futuro. Para abordarlo no podemos recurrir a mensajes simples. Frente a los mensajes de trazo grueso, debemos buscar los matices y esforzarnos en nombrar la complejidad.

Los análisis socio- políticos que se hacen de la realidad que vivimos suelen poner el foco de la solución en las víctimas y en los presos. O en los partidos políticos. Y obvian un factor principal: la solución para la paz y la convivencia está esencialmente en nosotros, en la comunidad, en todos y cada uno de los ciudadanos y ciudadanas de a pie que conformamos este país.

Personas, todas, que tenemos nuestras vivencias, nuestro granito de arena que aportar. Podemos aportar nuestro relato, nuestro sentido común, nuestros gestos, nuestros valores, nuestras conversaciones.

En palabras de Ingrid Betancourt: “Sobre todo, podemos no resignarnos. Porque resignarse es morir un poco, es no hacer uso de la posibilidad de escoger, es aceptar el silencio. La palabra, en cambio, precede a la acción, prepara el camino, abre las puertas. Hoy debemos más que nunca usar la voz para romper las cadenas. Tengo la profunda convicción de que cuando hablamos estamos cambiando el mundo”.

Todos tenemos capacidad de definir nuestro futuro. Tomemos la palabra.

*Interacción con el público asistente (...)*

Siguiendo las reflexiones de la lingüista argentina Paula Salerno, el lenguaje es como un cofre. Cuando hablamos lo abrimos y elegimos qué palabras usar.





En las palabras que utilizamos ponemos de manifiesto nuestra intención. Lo que somos, lo que soñamos, lo que sentimos, se muestra en nuestra forma de hablar.

Es importante ser impecables y pensar bien qué palabras escogemos, elegir palabras para ayudar a construir la realidad que queremos y para estar más cerca de decir exactamente lo que queremos decir.

Las palabras son la herramienta más poderosa que tenemos los seres humanos. Tienen la magia para transformar, para crear y construir. Utilicemos su poder en la dirección de la verdad y del amor.

Hitzak ditugu gizakion tresnarik preziatuenak, ahaltsuenak.

Ondo erabiliz gero, elkarrekin komunikatzeko giltzak, elkarri aditzeko gakoak; elkarrekin bakean bizi ahal izango dugun etorkizun hori oinarritu eta eraikitzeke adreiluak.

Erabil ditzagun zehaztasunez, egiak eta maitasunak urratutako bidetik.



@Fundacion\_Buesa  
#InMemoriamXVIII